

<b>Medio</b>	Revista Mensaje
<b>Fecha</b>	1-11-2012
<b>Mención</b>	La “gran escuela”, artículo escrito por Patricia López Stewart, directora de Educación Básica en la UAH.

# La “GRAN ESCUELA”

Patricia López Stewart  
 Directora Pedagógica Educación Básica, U.  
 Alberto Hurtado

La sociedad es, en gran medida, el agente educativo que moldea y encauza al individuo, pero es la escuela la que forma ciudadanos capaces de asumir responsabilidades.

Nuestros profesores, eminentes conocedores de nuestros niños, deben sentirse mejor convocados a participar en el debate sobre educación.

Si al visitar un país el viajero siente la necesidad de explicarse algunos usos y costumbres de sus habitantes, una posibilidad es observar sus escuelas primarias o básicas, o elementales, o como quiera que se llame a la entidad encargada de ofrecer las primeras enseñanzas de la escolaridad formal. La simple observación de la arquitectura, de la ubicación, de los espacios, del entorno o de los accesos a la escuela nos indicará en qué medida la sociedad del país visitado se preocupa de disponer para sus jóvenes lo mejor de lo que puede dar. Si, además, nos fijamos en la actitud y la disposición con que niños y niñas entran o salen de la escuela, si sonrientes y a paso ágil, o cabizbajos y de lento andar, ob-

tendremos claves para entender mejor a los habitantes adultos de la sociedad que nos recibe como visitantes.

Ahora bien, si además conseguimos que se nos permita visitar dos o tres escuelas y atisbar, por cierto con discreción y respeto, lo que sucede dentro de sus aulas, obtendremos información valiosa y consistente respecto del proyecto social y los valores que lo sustentan, y acerca de la población responsable de construir tal proyecto. Si en una sala de clases escuchamos a escolares que aprenden a sumar cantando y observamos que además se les permite llevar el ritmo de la canción con sus cuerpos, podremos inferir varias cosas: una, se le da importancia al conjunto, a la participación; otra, se tiene

consideración por el niño, que en esta fase de veloz crecimiento *necesita* mover, acomodar su cuerpo hasta encontrar un adecuado equilibrio entre el trabajo mental y el desarrollo de su ser biológico. Si, por el contrario, nos acercamos a un aula llena de alumnos que en silencio y quietud escuchan a un docente que dicta, recitando, “dos más dos son cuatro”, nos resultará difícil reprimir la sospecha de estar ante una sociedad presa del autoritarismo o que mantiene resabios de alguno pasado.

Es probable que encontremos una gran cantidad de escuelas que son reales espejos de su entorno: algunas cuidadas y rodeadas de áreas verdes, otras desoladas y polvorientas, y otras muchas clasificables en una tercera categoría, la de aquellas casi amigables y casi mezquinas. Es decir, según el uso actual, serían la “clase media” de las escuelas. Sin embargo, aunque el edificio-escuela nos entrega ciertos datos, la información más relevante la obtendremos observando a sus niños, a sus niñas y a sus docentes:

vecinal, se les adjudicó la tarea de administrar la salud en el nivel primario. Los diseñadores de la municipalización debieron también saber que el mecanismo de provisión de fondos para el financiamiento de estas nuevas funciones no lograría equiparar las enormes diferencias regionales, demográficas y productivas existentes entre una y otra comuna. Si al introducir esta transformación en la organización del Estado se tuvo conciencia de que habría educación para pobres en comunas pobres, y educación para ricos en las pocas otras, se podría concluir que los diseñadores de la municipalización se apegaron a la clave de que el rol de la escuela es la consolidación y preservación del ordenamiento social, económico y cultural recién introducido. Si esa fue la intención, podríamos concluir que nuestras escuelas cumplirían a cabalidad con el propósito previsto. Este es un resultado reafirmado mediante los mecanismos de enseñanza de la *gran escuela*: la segregación y la determinación de espacios y roles que los medios de comunicación masivos difunden con tenaz insistencia.

El mensaje cotidiano que recibe la mayoría de la gente recuerda la técnica

### Hoy se esboza una inquietud por acometer una reformulación del proyecto social que requeriría de una escuela formadora de ciudadanos capaces de participar activamente en su consolidación y perfeccionamiento.

Esta suerte de “turismo escolar” no se encuentra en los programas de las agencias de viajes, pero podría resultar productivo a quienes les interesa la cuestión de la educación y su relación con la realidad y los proyectos político-sociales. Es decir, ayudaría a comprobar en qué medida la sociedad le encarga a la escuela la tarea de preservar y mantener el orden establecido, o la misión de formar ciuda-

danos capaces de impulsar el desarrollo y perfeccionamiento social, económico, político y cultural. sus rostros, su andar y sus miradas son también reflejo del entorno, de su rol y de su espacio en nuestra sociedad. Si al finalizar nuestro recorrido nos proponemos abandonar la percepción subjetiva y recurrimos a la estadística, constataremos que los resultados de mediciones de rendimiento escolar estandarizadas y generales se mimetizan con el edificio-escuela, con su entorno, con la mirada de

ca del dictado de contenidos en el aula, que los escolares deben anotar en sus cuadernos sin espacio ni oportunidad para la reflexión, el cuestionamiento ni la discusión. La *gran escuela* recurre a similares estrategias: “Es bueno para el país...”, escuchamos o leemos con frecuencia, o “para el año 2020 Chile necesitará el doble de la energía...”, o también “en los países desarrollados las carreras universitarias duran tres años”. Aseveraciones carentes de respaldo con las que los encargados de la conducción del país expresan sus convicciones ante los medios de comunicación, que a su vez las difunden sin búsqueda de evidencias que las sustenten o desmientan. Esta práctica de otorgar valor intrínseco a las más diversas afirmaciones es también usada con frecuencia por comentaristas del acontecer político y social. En medio del debate sobre la calidad de la educación, por ejemplo, destacaron algunas voces que persistentemente preconizaban como mágica solución que los directores de las escuelas tuviesen la facultad de

danos capaces de impulsar el desarrollo y perfeccionamiento social, económico, político y cultural.

Las ideas precedentes se asientan en la idea de que la escuela es una creación de las sociedades y que su funcionamiento y orientación están inmersos en el quehacer social o, para usar la fórmula de moda, la escuela forma parte de la sociedad en su conjunto. Esta estrecha inmersión del sistema escolar en la sociedad transforma a esta última en lo que alguien llamó la *gran escuela*. Una *gran escuela* que con su quehacer, sus usos, sus formas de relacionarse, de comunicarse, de participar y de decidir entrega cotidiana e incesantemente, tácita y explícitamente, lecciones y enseñanzas que moldean y encauzan al individuo y al ser ciudadano.

### LA ESCUELA EN LA GRAN ESCUELA

Si ahora decidimos realizar el simple ejercicio de visitar dos o tres escuelas públicas y privadas en nuestro país, ¿qué encontraríamos?

sus niños, con el entusiasmo de sus docentes. Así se entiende que la prensa destaque como noticia que tres, diez o veinte escuelas de ciertas comunas alcancen puntajes SIMCE superiores a la media nacional, correspondientemente calculada entre extrema cima y extrema sima. Sin embargo, con frecuencia se omite o se relativiza que los resultados obtenidos por escuelas de sectores más favorecidos no son notablemente mejores, considerando las diferencias, a veces abismantes, entre un tipo de escuela y otro.

Puede que un *tour* escolar resulte instructivo y entretenido, pero no es necesario emprender una travesía por el país para comprobar que nuestras escuelas reflejan con fidelidad nuestro orden socioeconómico. Quienes diseñaron y dictaron la municipalización del sistema escolar chileno conocían la realidad del país y deben haber sabido que centenares de comunas serían incapaces de enfrentar la responsabilidad de “sostener” la educación de sus vecinos, considerando que, además de las tareas propias del ámbito

despedir a los “malos” profesores. Persistencia que, a pesar de la superficialidad de este diagnóstico unidimensional, rindió frutos: autoridades encargadas del ordenamiento educativo incorporaron una cuota de despido de docentes en sus propuestas de mejoramiento de la educación.

Los medios de comunicación social no solo son entes encargados de informar sobre el acontecer en el país y en el mundo. Ellos ocupan el rol de *grandes maestros* en la *gran escuela* en concordancia con la orientación editorial de cada medio. Aunque es indiscutible que la libertad de expresión es tan intocable como la libertad de las personas de decidir qué leen, qué escuchan o qué ven, resulta difícil evitar la crítica ante programas que introducen y reafirman estereotipos de conductas que no pocas veces violentan valores aceptados y asentados en el cuerpo social. Desde hace algún tiempo proliferan programas de competencias que sobrevaloran el individualismo por sobre la solidaridad, teleseries que distorsionan la vigencia del respeto mutuo o programas que violan el derecho de cada ciudadano a la privaci-

dad e intimidad. Estas representaciones de mundos ficticios, que pueden desfigurar la visión del mundo real, encuentran en nuestros niños y niñas un terreno singularmente receptivo. Lecciones de la *gran escuela* con que nuestros escolares se incorporan a su escuela.

## LA PEQUEÑA ESCUELA

Desde hace tan solo pocos años comenzó el debate público acerca de los resultados de pruebas nacionales de medición de los aprendizajes escolares. Antes de este debate, la cuestión de la calidad de la escuela no se presentaba como un problema a enfrentar y resolver con profundidad y presteza. A pesar de que durante un período prolongado las mediciones escolares nacionales arrojaban resultados similares a los actuales, la sociedad pareció estar conforme con los objetivos logrados por sus escolares, con la formación y el desempeño de sus docentes y con la proyección de la educación en relación con el proyecto social. Durante la década pasada se introdujeron adecuaciones curriculares y

se aumentó paulatinamente el financiamiento estatal. Ajustes que, sin embargo, mantuvieron en esencia la organización, la importancia y la proyección social del sistema escolar.

Algunas de las voces que intervienen en la actual discusión sobre la calidad de la educación han planteado ciertas ideas que parece razonable profundizar: una de ellas es que la sociedad chilena de esta segunda década no es la misma que la de hace solo algunos años. Se esboza una inquietud por acometer una reformulación del proyecto social que requeriría de una escuela formadora de ciudadanos capaces de participar activamente en su consolidación y perfeccionamiento. En el estado actual del debate suele asignarse a la escuela un rol de vanguardia en la búsqueda de los cambios esbozados. Es necesario, sin embargo, que durante el intercambio de ideas se comprenda que los cambios sociales los lidera la sociedad. Es decir, la sociedad es el motor del cambio social y a la escuela le corresponde la tarea de formar ciudadanos capaces de asumir las responsabilidades que surgen de tales cambios. **MSJ**

# CONVOCAR A LOS PROFESORES

Lejanos son los tiempos en que profesores y profesoras de la educación pública, tanto de formación universitaria como “normalistas”, disfrutaban de consideración y respeto social equiparable a otros profesionales. Tiempos muy diferentes a los actuales, pues ellos son hoy objeto de tal desconfianza que constituyen el único estamento profesional que en ejercicio debe someterse a evaluaciones periódicas. Resulta, además, singularmente notable que los docentes estén ausentes o representados solo simbólicamente en la conformación de “comisiones” establecidas para analizar e incluso controlar la “calidad de la educación”.

En razón del debate en torno a la educación, diversos estamentos sociales encarnan en la figura del profesor las deficiencias del funcionamiento del sistema escolar. Y se relega a un plano muy posterior un antecedente relevante: en los últimos veintidós años, catorce ministros han conducido la educación del país, cada uno con su proyecto, cada uno con su equipo.

Al presentar a los docentes como causa principal de resultados precarios se soslaya la incidencia del mundo real en que se desenvuelve la enseñanza, realidad de indiscutible desigualdad y segregación. ¿Cuán productivo puede ser un docente cuando siete millones de chilenos, es decir, casi la mitad de la pobla-

ción, debe recibir un bono o subvención para enfrentar el invierno? ¿Cuánta “tarea para la casa” se le puede encomendar a escolares carentes de un espacio propio para leer o escribir, para vivir y recrearse en condiciones dignas?

Ciertamente, la historia de nuestro país consigna desde siempre la existencia de sectores sociales marginados. Sin embargo, en otras épocas se percibía a los profesores como profesionales capaces e impulsores del progreso de sus alumnos, y la escuela y el liceo gozaban del respeto público. Épocas en las que los ciudadanos *creían* en la educación, los estudiantes confiaban en sus profesores y estos retribuían esa confianza con dedicación y aun abnegación.

No parece justificable que se sindique a los profesores de la escuela y del liceo público como los principales responsables de la sentenciada precariedad de la educación. El problema existe y merece un análisis severamente crítico que considere las innumerables variables que deben confluir en la construcción de un sistema educativo concordante con las expectativas de futuro de la sociedad chilena. Nuestros profesores y profesoras, eminentes conocedores de la realidad, de las necesidades y de los sueños de nuestros niños y niñas, deben sentirse convocados a participar en el debate, a exponer sus experiencias y a diseñar alternativas.